



SED
157-32ii

Cuentos americanos II

libro al
viento



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.

Secretaría de
CULTURA, RECREACIÓN
Y DEPORTE

Secretaría de
EDUCACIÓN

Jarciamárquezrulfonseca

libro al viento



UNA CAMPAÑA
DE LA
SECRETARÍA
DISTRITAL
DE CULTURA,
RECREACIÓN
Y DEPORTE
Y LA SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN
DE BOGOTÁ



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAJOR
DE BOGOTÁ D.C.

Secretaría de
CULTURA, RECREACIÓN
Y DEPORTE

Secretaría de
EDUCACIÓN

Bogotá sin indiferencia



BOGOTÁ
CAPITAL MUNDIAL
DEL LIBRO
2007

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

JUAN RULFO

BUSTIN FERRELL

CUENTOS
LATINOAMERICANOS II

Alcaldía Mayor de Bogotá
Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Secretaría de Educación

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
JUAN RULFO
RUBEM FONSECA

CUENTOS
LATINOAMERICANOS II

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ S. C.
Secretaría de
CULTURA, RECREACIÓN
Y DEPORTE
Secretaría de
EDUCACIÓN

Seguimos adelante

Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte

Martha Senn
DIRECTORA

Victor Manuel Rodríguez Sarmiento
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda
GERENTE DE LITERATURA

Secretaría de Educación del Distrito

Francisco Cajiao
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Marina Ortiz Legarda
SUBSECRETARIA ACADÉMICA

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Roberto Puentes Quenguan
DINAMIZADOR PLAN DISTRITAL DE LECTURA Y ESCRITURA

- © De esta edición: Secretaría Distrital de Cultura,
Recreación y Deporte, 2007

www.idct.gov.co

Bogotá, julio de 2007

Todos los derechos reservados. Prohibida su
reproducción total o parcial sin permiso del editor

ISBN 978-958-8321-15-8

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Prensa Moderna Impresores. Hecho en Colombia

Contenido

INTRODUCCIÓN 9

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

En este pueblo no hay ladrones 15

JUAN RULFO

No oyes ladrar los perros 63

RUBEM FONSECA

Encuentro en el Amazonas 73

INTRODUCCIÓN

Como todos los cuentos inolvidables, las tres historias que siguen a continuación y arman la segunda entrega de *Cuentos latinoamericanos* comparten la misma virtud: una vez empezadas el lector no quiere ni puede dejar de leerlas, es decir, comparten la intensidad, propiedad básica de todo buen cuento. Así, en el espacio de unas cuantas páginas, los tres relatos, “En este pueblo no hay ladrones” de Gabriel García Márquez, “No oyes ladrar los perros” de Juan Rulfo y “Encuentro en el Amazonas” de Rubem Fonseca, sumergen al lector, con increíble facilidad desde las primeras frases y con un suspenso creciente, en los episodios extremos de tres vidas. Aunque por la atmósfera y la ambientación se podría pensar que son historias del campo, los tres relatos van mucho más allá de sus límites y cada uno con su anécdota particular revelará finalmente los aspectos íntimos y fundamentales del alma de sus protagonistas y quienes, después de terminado el cuento, ya no serán los mismos.

En el caso de “En este pueblo no hay ladrones” de García Márquez el suspenso gira alrededor de una anécdota

trivial: un hombre por no encontrar dinero para llevarse decide robar las bolas del billar del pueblo. Pero, en este caso, el robo, que en otro escenario podría pasar como algo intrascendente, adquiere en este pueblo unas dimensiones amenazantes, que ponen en peligro su vida y la de su mujer. Por otro lado, el robo sirve también de pretexto para mostrar no sólo el tedio sofocante y la desazón inmóvil de los pueblos perdidos sino para exponer la injusticia, el cinismo, la desconfianza hacia los desconocidos, el racismo, y la supuesta superioridad de quienes se consideran sin tacha pero que al mismo tiempo sacrifican sin dudarlos a cualquier inocente.

El argumento de "No oyes ladrar los perros" de Juan Rulfo es de una sencillez y una claridad desconcertantes: un hombre viejo carga sobre los hombros a su hijo herido, un criminal que poco a poco se desangra, mientras avanzan hacia un pueblo en mitad de la noche, por un terreno de piedras y lomas donde no hay nada. Narrado por medio de un diálogo escueto, con una entonación modesta, casi silenciosa, "No oyes ladrar los perros" parece apenas la breve crónica de un drama familiar lejano, insignificante. Pero se trata de una apariencia engañosa, pues este cuento, entre muchas otras cosas, es el intenso relato de un amor que soporta cualquier carga y está más allá de todas las

culpas, un amor que le imprime al hombre más débil una fuerza excepcional. Gracias a la manera cómo lo narró su autor, "No oyes ladrar los perros" es un cuento perfecto.

Con una prosa ágil, sin adornos superfluos, "Encuentro en el Amazonas" de Rubem Fonseca es el relato del viaje de un hombre por el río, con la misteriosa misión de perseguir el rastro de una especie de fantasma sin nombre, que se esconde en mitad de la selva. Como un doble de la presa a la que busca, el protagonista rehace poco a poco los pasos del otro, atento a los testimonios de quienes lo han visto antes que él, indagando al mismo tiempo cuál sería el paisaje perfecto donde el otro se podría camuflar para siempre. Aunque el lector desconoce los motivos y el propósito de la persecución, sospecha desde el primer momento que el enigma conducirá a un encuentro con desenlace fatal. Narrado con humor negro, "Encuentro en el Amazonas" es también el encuentro de un hombre con sus propias sombras.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

1928

PARA MUCHOS el escritor vivo más importante, Gabriel García Márquez, inició su carrera en el periodismo, medio donde demostró siempre y desde un principio un hábil dominio del lenguaje, con un estilo claro y divertido, y un rigor que transmitió después a sus obras de ficción. Sus primeros cuentos aparecieron en el diario *El Espectador* y bajo la fuerte influencia de algunos autores norteamericanos, publicó en 1955 la novela *La hojarasca* donde se nombra por primera vez a Macondo, territorio mítico, paralelo al mundo de los hombres, y escenario de sus creaciones más importantes. Vienen después *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), *La mala hora* (1962), *Los funerales de la Mama Grande* (1962), títulos que presagiaban esa manera peculiar de nombrar y entender el mundo llamada más tarde "realismo mágico" y que encontró su ilustración máxima en la novela *Cien años de soledad* (1967), obra fundamental que rompería todos los anteriores moldes en el arte de la narración. Antes del éxito y la creciente fama sin precedentes, García Márquez consolidaba su obra con *El otoño del patriarca* (1975) y

***Crónica de una muerte anunciada* (1981). Galardonado con el Premio Nobel en 1982, sus títulos se han convertido en best sellers en todos los idiomas, como *El amor en los tiempos del cólera* (1985), *Del amor y otros demonios* (1994) y su reciente libro de memorias *Vivir para contarla* (2004).**

En este pueblo no hay ladrones

De Los funerales de la mama grande

Dámaso regresó al cuarto con los primeros gallos. Ana, su mujer, encinta de seis meses, lo esperaba sentada en la cama, vestida y con zapatos. La lámpara de petróleo empezaba a extinguirse. Dámaso comprendió que su mujer no había dejado de esperarlo un segundo en toda la noche, y que aun en ese momento, viéndolo frente a ella, continuaba esperando. Le hizo un gesto tranquilizador al que ella no respondió. Fijó los ojos asustados en el bulto de tela roja que él llevaba en la mano, apretó los labios y se puso a temblar. Dámaso la asió por el corpiño con una violencia silenciosa. Exhalaba un tufo agrio.

Ana se dejó levantar casi en vilo. Luego descargó todo el peso del cuerpo hacia delante, llorando contra la franela a rayas coloradas de su marido, y lo tuvo abrazado por los riñones hasta cuando logró dominar la crisis.

-Me dormí sentada -dijo- de pronto abrieron la puerta y te empujaron dentro del cuarto, bañado en sangre.

Dámaso la separó sin decir nada. La volvió a sentar en la cama. Después le puso el envoltorio en el regazo y salió a orinar al patio. Entonces ella soltó los nudos y vio: eran tres bolas de billar, dos blancas y una roja, sin brillo, estropeadas por los golpes.

Cuando volvió al cuarto, Dámaso la encontró en una contemplación intrigada.

-¿Esto para qué sirve? -preguntó Ana.

El se encogió de hombros.

-Para jugar billar.

Volvió a hacer los nudos y guardó el envoltorio, con la ganzúa improvisada, la linterna de pilas y el cuchillo, en el fondo del baúl. Ana se acostó de cara a la pared sin quitarse la ropa. Dámaso se quitó sólo los pantalones. Estirado en la cama, fumando en la oscuridad, trató de identificar algún rastro de su aventura en los susurros dispersos de la madrugada, hasta que se dio cuenta de que su mujer estaba despierta.

-¿En qué piensas?

-En nada -dijo ella.

La voz, de ordinario matizada de registros baritona-

les, parecía más densa por el rencor. Dámaso dio una última chupada al cigarrillo y aplastó la colilla en el piso de tierra.

-No había nada más -suspiró-. Estuve adentro como una hora.

-Han debido pegarte un tiro -dijo ella.

Dámaso se estremeció. «Maldita sea», dijo, golpeando con los nudillos el marco de madera de la cama. Buscó a tientas, en el suelo, los cigarrillos y los fósforos.

-Tienes entrañas de burro -dijo Ana-. Has debido tener en cuenta que yo estaba aquí sin poder dormir, creyendo que te traían muerto cada vez que había un ruido en la calle -agregó con un suspiro-: Y todo eso para salir con tres bolas de billar.

-En la gaveta no había sino veinticinco centavos.

-Entonces no has debido traer nada.

-El problema era entrar -dijo Dámaso-. No podía venirme con las manos vacías.

-Hubieras cogido cualquier otra cosa.

-No había nada más -dijo Dámaso.

-En ninguna parte hay tantas cosas como en el salón de billar.

-Así parece -dijo Dámaso-. Pero después, cuando uno está allá adentro, se pone a mirar las cosas y a re-

gistrar por todos lados y se da cuenta de que no hay nada que sirva.

Ella hizo un largo silencio. Dámaso la imaginó con los ojos abiertos, tratando de encontrar algún objeto de valor en la oscuridad de la memoria.

-Tal vez -dijo.

Dámaso volvió a fumar. El alcohol lo abandonaba en ondas concéntricas y él asumía de nuevo el peso, el volumen y la responsabilidad de su cuerpo.

-Había un gato allá adentro -dijo-. Un enorme gato blanco.

Ana se volteó, apoyó el vientre abultado contra el vientre de su marido, y le metió la pierna entre las rodillas. Olía a cebolla.

-¿Estabas muy asustado?

-¿Yo?

-Tú -dijo Ana-. Dicen que los hombres también se asustan.

Él la sintió sonreír, y sonrió.

-Un poco -dijo-. No podía aguantar las ganas de orinar.

Se dejó besar sin corresponder. Luego, consciente de los riesgos pero sin arrepentimiento, como evocando los recuerdos de un viaje, le contó los pormenores de su aventura.

Ella habló después de un largo silencio.

–Fue una locura.

–Todo es cuestión de empezar –dijo Dámaso, cerrando los ojos–. Además, para ser la primera vez la cosa no salió mal.

El sol calentó tarde. Cuando Dámaso despertó, hacía rato que su mujer estaba levantada. Metió la cabeza en el chorro del patio y la tuvo allí varios minutos, hasta que acabó de despertar. El cuarto formaba parte de una galería de habitaciones iguales e independientes, con un patio común atravesado por alambres de secar ropa. Contra la pared posterior, separados del patio por un tabique de lata, Ana había instalado un anafe para cocinar y calentar las planchas, y una mesita para comer y planchar. Cuando vio acercarse a su marido puso a un lado la ropa planchada y quitó las planchas de hierro del anafe para calentar el café. Era mayor que él, de piel muy pálida, y sus movimientos tenían esa suave eficacia de la gente acostumbrada a la realidad.

Desde la niebla de su dolor de cabeza, Dámaso comprendió que su mujer quería decirle algo con la mirada. Hasta entonces no había puesto atención en las voces del patio.

–No han hablado de otra cosa en toda la mañana

-murmuró Ana, sirviéndole el café-. Los hombres se fueron para allá desde hace rato.

Dámaso comprobó que los hombres y los niños habían desaparecido del patio. Mientras tomaba el café, siguió en silencio la conversación de las mujeres que colgaban la ropa al sol. Al final encendió un cigarrillo y salió de la cocina.

-Teresa -llamó.

Una muchacha con la ropa mojada, adherida al cuerpo, respondió al llamado.

-Ten cuidado -dijo Ana. La muchacha se acercó.

-¿Qué es lo que pasa? -preguntó Dámaso.

-Que se metieron en el salón de billar y cargaron con todo -dijo la muchacha.

Parecía minuciosamente informada. Explicó cómo dismantelaron el establecimiento, pieza por pieza, hasta llevarse la mesa de billar. Hablaba con tanta convicción que Dámaso no pudo creer que no fuera cierto.

-Mierda -dijo, de regreso a la cocina.

Ana se puso a cantar entre dientes. Dámaso recostó un asiento contra la pared del patio, procurando reprimir la ansiedad. Tres meses antes, cuando cumplió 20 años, el bigote lineal, cultivado no sólo con un secreto espíritu de sacrificio sino también con cierta ternura,

puso un toque de madurez en su rostro petrificado por la viruela. Desde entonces se sintió adulto. Pero aquella mañana, con los recuerdos de la noche anterior flotando en la ciénaga de su dolor de cabeza, no encontraba por dónde empezar a vivir.

Cuando acabó de planchar, Ana repartió la ropa limpia en dos bultos iguales y se dispuso a salir a la calle.

–No te demores –dijo Dámaso.

–Como siempre.

La siguió hasta el cuarto.

–Ahí te dejo la camisa de cuadros –dijo Ana–. Es mejor que no te vuelvas a poner la franela –se enfrentó a los diáfanos ojos de gato de su marido–. No sabemos si alguien te vio.

Dámaso se secó en el pantalón el sudor de las manos.

–No me vio nadie.

–No sabemos –repitió Ana. Cargaba un bulto de ropa en cada brazo–. Además, es mejor que no salgas. Espera primero que yo dé una vueltecita por allá, como quien no quiere la cosa.

No se hablaba de nada distinto en el pueblo. Ana tuvo que escuchar varias veces, en versiones diferentes y contradictorias, los pormenores del mismo episodio. Cuando acabó de repartir la ropa, en vez de ir al mercado

como todos los sábados, fue directamente a la plaza.

No encontró frente al salón de billar tanta gente como imaginaba. Algunos hombres conversaban a la sombra de los almendros. Los sirios habían guardado sus trapos de colores para almorzar, y los almacenes parecían cabecear bajo los toldos de lona. Un hombre dormía desparramado en un mecedor, con la boca y las piernas y los brazos abiertos, en la sala del hotel. Todo estaba paralizado en el calor de las doce.

Ana siguió de largo por el salón de billar, y al pasar por el solar baldío situado frente al puerto se encontró con la multitud. Entonces recordó algo que Dámaso le había contado, que todo el mundo sabía pero que sólo los clientes del establecimiento podían tener presente: la puerta posterior del salón de billar daba al solar baldío. Un momento después, protegiéndose el vientre con los brazos, se encontró confundida con la multitud, los ojos fijos en la puerta violada. El candado estaba intacto, pero una de las argollas había sido arrancada como una muela. Ana contempló por un momento los estragos de aquel trabajo solitario y modesto, y pensó en su marido con un sentimiento de piedad.

-¿Quién fue?

No se atrevió a mirar en torno suyo.

–No se sabe –le respondieron–. Dicen que fue un forastero.

–Tuvo que ser –dijo una mujer a sus espaldas–. En este pueblo no hay ladrones. Todo el mundo conoce a todo el mundo.

Ana volvió la cabeza.

–Así es –dijo sonriendo. Estaba empapada en sudor. A su lado había un hombre muy viejo con arrugas profundas en la nuca.

–¿Cargaron con todo? –preguntó ella.

–Doscientos pesos y las bolas de billar –dijo el viejo. La examinó con una atención fuera de lugar–. Dentro de poco habrá que dormir con los ojos abiertos.

Ana apartó la mirada.

–Así es –volvió a decir. Se puso un trapo en la cabeza, alejándose sin poder sortear la impresión de que el viejo seguía mirando.

Durante un cuarto de hora, la multitud bloqueada en el solar observó una conducta respetuosa, como si hubiera un muerto detrás de la puerta violada. Después se agitó, giró sobre sí misma, y desembocó en la plaza.

El propietario del salón de billar estaba en la puerta, con el alcalde y dos agentes de la policía. Bajo y redondo, los pantalones sostenidos por la sola presión del

estómago y con unos anteojos como los que hacen los niños, parecía investido de una dignidad extenuante.

La multitud lo rodeó. Apoyada contra la pared, Ana escuchó sus informaciones hasta que la multitud empezó a dispersarse. Después regresó al cuarto, congestionada por la sofocación, en medio de una bulliciosa manifestación de vecinos.

Estirado en la cama, Dámaso se había preguntado muchas veces cómo hizo Ana la noche anterior para esperarle sin fumar. Cuando la vio entrar, sonriente, quitándose de la cabeza el trapo empapado en sudor, aplastó el cigarrillo casi entero en el piso de tierra, en medio de un reguero de colillas, y esperó con mayor ansiedad.

-¿Entonces?

Ana se arrodilló frente a la cama.

-Que además de ladrón eres embustero -dijo.

-¿Por qué?

-Porque me dijiste que no había nada en la gaveta.

Dámaso frunció las cejas.

-No había nada.

-Había doscientos pesos -dijo Ana.

-Es mentira -replicó él, levantando la voz. Sentado en la cama recobró el tono confidencial-. Sólo había veinticinco centavos.

La convenció.

–Es un viejo bandido –dijo Dámaso, apretando los puños–. Se está buscando que le desbarate la cara.

Ana rió con franqueza.

–No seas bruto.

También él acabó por reír. Mientras se afeitaba, su mujer lo informó de lo que había logrado averiguar. La policía buscaba un forastero.

–Dicen que llegó el jueves y que anoche lo vieron dando vueltas por el puerto –dijo–. Dicen que no han podido encontrarlo por ninguna parte –Dámaso pensó en el forastero que no había visto nunca y por un instante sospechó de él con una convicción sincera.

–Puede ser que se haya ido –dijo Ana.

Como siempre, Dámaso necesitó tres horas para arreglarse. Primero fue la talla milimétrica del bigote. Después el baño en el chorro del patio. Ana siguió paso a paso, con un fervor que nada había quebrantado desde la noche en que lo vio por primera vez, el laborioso proceso de su peinado. Cuando lo vio mirándose al espejo pasa salir, con la camisa de cuadros rojos, Ana se encontró madura y desarreglada. Dámaso ejecutó frente a ella un paso de boxeo con la elasticidad de un profesional. Ella lo agarró por las muñecas.

-¿Tienes moneda?

-Soy rico -contestó Dámaso de buen humor-. Tengo los doscientos pesos.

Ana se volteó hacia la pared, sacó del seno un rollo de billetes, y le dio un peso a su marido, diciendo:

-Toma, Jorge Negrete.

Aquella noche, Dámaso estuvo en la plaza con el grupo de sus amigos. La gente que llegaba del campo con productos para vender en el mercado del domingo, colgaba toldos en medio de los puestos de frituras y las mesas de lotería, y desde la primera noche se les oía roncar. Los amigos de Dámaso no parecían más interesados por el robo del salón de billar que por la transmisión radial del campeonato de béisbol, que no podrían escuchar esa noche por estar cerrado el establecimiento. Hablando de béisbol, sin ponerse de acuerdo ni enterarse previamente del programa, entraron al cine.

Daban una película de Cantinflas. En la primera fila de la galería, Dámaso rió sin remordimientos. Se sentía convalciente de sus emociones. Era una buena noche de junio, y en los instantes vacíos en que sólo se percibía la llovizna del proyector pesaba sobre el cine sin techo el silencio de las estrellas.

De pronto, las imágenes de la pantalla palidieron y

hubo un estrépito en el fondo de la platea. En la claridad repentina, Dámaso se sintió descubierto y señalado, y trató de correr. Pero en seguida vio al público de la platea, paralizado, y un agente de la policía, el cinturón enrollado en la mano, que golpeaba rabiosamente a un hombre con la pesada hebilla del cobre. Era un negro monumental. Las mujeres empezaron a gritar, y el agente que golpeaba al negro empezó a gritar por encima de los gritos de las mujeres: «¡Ratero! ¡Ratero!» El negro se rodó por entre el reguero de sillas, perseguido por dos agentes que lo golpearon en los riñones hasta que pudieron trabarle por la espalda. Luego el que lo había azotado le amarró los codos por detrás con la correa y los tres lo empujaron hacia la puerta. Las cosas sucedieron con tanta rapidez, que Dámaso sólo comprendió lo ocurrido cuando el negro pasó junto a él, con la camisa rota y la cara embadurnada de un amasijo de polvo, sudor y sangre, sollozando: «Asesinos, asesinos». Después apagaron las luces y se reanudó la película.

Dámaso no volvió a reír. Vio retazos de una historia descosida, fumando sin pausas, hasta que se encendió la luz y los espectadores se miraron entre sí, como asustados de la realidad. «Qué buena», exclamó alguien a su lado. Dámaso no lo miró.

-Cantinflas es muy bueno -dijo.

La corriente lo llevó hasta la puerta. Las vendedoras de comida, cargadas de trastos, regresaban a casa. Eran más de las once, pero había mucha gente en la calle esperando a que salieran del cine para informarse de la captura del negro.

Aquella noche Dámaso entró al cuarto con tanta cautela, que cuando Ana lo advirtió entre sueños fumaba el segundo cigarrillo, estirado en la cama.

-La comida está en el rescoldo -dijo ella.

-No tengo hambre -dijo Dámaso.

Ana suspiró.

-Soñé que Nora estaba haciendo muñecos de mantequilla -dijo, todavía sin despertar. De pronto cayó en la cuenta de que había dormido sin quererlo y se volvió hacia Dámaso, ofuscada, frotándose los ojos.

-Cogieron al forastero -dijo.

Dámaso se demoró para hablar.

-¿Quién dijo?

-Lo cogieron en el cine -dijo Ana-. Todo el mundo está por aquellos lados.

Contó una versión desfigurada de la captura. Dámaso no la rectificó.

-Pobre hombre -suspiró Ana.

–Pobre por qué –protestó Dámaso, excitado–. ¿Quisieras entonces que fuera yo el que estuviera en el cepo?

Ella lo conocía demasiado para replicar. Lo sintió fumar, respirando como un asmático, hasta que cantaron los primeros gallos. Después lo sintió levantado, trasegando por el cuarto en un trabajo oscuro que parecía más del tacto que de la vista. Después lo sintió raspar el suelo debajo de la cama por más de un cuarto de hora, y después lo sintió desvestirse en la oscuridad, tratando de no hacer ruido, sin saber que ella no había dejado de ayudarlo un instante al hacerle creer que estaba dormida. Algo se movió en lo más primitivo de sus instintos. Ana sabía entonces que Dámaso estuvo en el cine, y comprendió por qué acababa de enterrar las bolas de billar debajo de la cama.

El salón se abrió el lunes y fue invadido por una clientela exaltada. La mesa de billar había sido cubierta por un paño morado que le imprimió al establecimiento un carácter funerario. Pusieron un letrero en la pared: «No hay servicio por falta de bolas». La gente entraba a leer el letrero como si fuera una novedad. Algunos permanecían un largo rato frente a él, releyéndolo con una devoción indescifrable.

Dámaso estuvo entre los primeros clientes. Había

pasado una parte de su vida en los escaños destinados a los espectadores de billar, y allí estuvo desde que volvieron a abrirse las puertas. Fue algo tan difícil pero tan momentáneo como un pésame. Le dio una palmadita en el hombro al propietario, por encima del mostrador, y le dijo:

-Qué vaina, don Roque.

El propietario sacudió la cabeza con una sonrisita de aflicción, suspirando: «Ya ves». Y siguió atendiendo la clientela, mientras Dámaso, instalado en uno de los taburetes del mostrador, contemplaba la mesa espectral bajo el sudario morado.

-Qué raro -dijo.

-Es verdad -confirmó un hombre en el taburete vecino-. Parece que estuviéramos en Semana Santa.

Cuando la mayoría de los clientes se fue a almorzar, Dámaso metió una moneda en el tocadiscos automático y seleccionó un corrido mexicano cuya colocación en el tablero conocía de memoria. Don Roque trasladaba mesitas y silletas al fondo del salón.

-¿Qué haces? -le preguntó Dámaso.

-Voy a poner barajas -contestó don Roque-. Hay que hacer algo mientras llegan las bolas.

Moviéndose casi a tientas, con una silla en cada brazo, parecía un viudo reciente.

-¿Cuándo llegan? -preguntó Dámaso.

-Antes de un mes, espero.

-Para entonces habrán aparecido las otras -dijo Dámaso.

Don Roque observó satisfecho la hilera de mesitas.

-No aparecerán -dijo, secándose la frente con la manga-. Tienen al negro sin comer desde el sábado y no ha querido decir dónde están.

Midió a Dámaso a través de los cristales empañados por el sudor.

-Estoy seguro que las echó al río.

Dámaso se mordisqueó los labios.

-¿Y los doscientos pesos?

-Tampoco -dijo don Roque-. Sólo le encontraron treinta.

Se miraron a los ojos. Dámaso no habría podido explicar su impresión de que aquella mirada establecía entre él y don Roque una relación de complicidad. Esa tarde, desde el lavadero, Ana lo vio llegar dando saltitos de boxeador. Lo siguió hasta el cuarto.

-Listo -dijo Dámaso-. El viejo está tan resignado que encargó bolas nuevas. Ahora es cuestión de esperar que nadie se acuerde.

-¿Y el negro?

-No es nada -dijo Dámaso, alzándose de hombros-. Si no le encuentran las bolas tienen que soltarlo.

Después de la comida, se sentaron a la puerta de la calle y estuvieron conversando con los vecinos hasta que se apagó el parlante del cine. A la hora de acostarse, Dámaso estaba excitado.

-Se me ha ocurrido el mejor negocio del mundo -dijo.

Ana comprendió que él había molido un mismo pensamiento desde el atardecer.

-Me voy de pueblo en pueblo -continuó Dámaso-. Me robo las bolas de billar en uno y las vendo en otro. En todos los pueblos hay un salón de billar.

-Hasta que te peguen un tiro.

-Qué tiro ni qué tiro -dijo él-. Eso no se ve sino en las películas -plantado en la mitad del cuarto se ahogaba en su propio entusiasmo. Ana empezó a desvestirse, en apariencia indiferente, pero en realidad oyéndolo con una atención compasiva.

-Me voy a comprar una hilera de vestidos -dijo Dámaso, y señaló con el índice un ropero imaginario del tamaño de la pared-. Desde aquí hasta allí. Y además, cincuenta pares de zapatos.

-Dios te oiga -dijo Ana.

Dámaso fijó en ella una mirada seria.

-No te interesan mis cosas -dijo.

-Están muy lejos de mí -dijo Ana. Apagó la lámpara, se acostó contra la pared, y agregó con una amargura cierta-: Cuando tú tengas treinta años yo tendré cuarenta y siete.

-No seas boba -dijo Dámaso.

Se palpó los bolsillos en busca de fósforos.

-Tú tampoco tendrás que aporrear más ropa -dijo, un poco desconcertado. Ana le dio fuego. Miró la llama hasta que el fósforo se extinguió, y tiró la ceniza. Estirado en la cama, Dámaso siguió hablando.

-¿Sabes de qué hacen las bolas de billar?

Ana no respondió.

-De colmillos de elefantes -prosiguió él-. Son tan difíciles de encontrar que se necesita un mes para que vengan. ¿Te das cuenta?

-Duérmete -lo interrumpió Ana-. Tengo que levantarme a las cinco.

Dámaso había vuelto a su estado natural. Pasaba la mañana en la cama, fumando, y después de la siesta empezaba a arreglarse para salir. Por la noche escuchaba en el salón de billar la transmisión radial del campeonato de béisbol. Tenía la virtud de olvidar sus

proyectos con tanto entusiasmo como necesitaba para concebirlos.

-¿Tienes plata? -preguntó el sábado a su mujer.

-Once pesos -respondió ella. Y agregó suavemente-:
Es la plata del cuarto.

-Te propongo un negocio.

-¿Qué?

-Préstamelos.

-Hay que pagar el cuarto.

-Se paga después.

Ana sacudió la cabeza. Dámaso la agarró por la muñeca y le impidió que se levantara de la mesa, donde acababan de desayunar.

-Es por pocos días -dijo acariciándole el brazo con una ternura distraída-. Cuando venda las bolas tendremos plata para todo.

Ana no cedió. Esa noche, en el cine, Dámaso no le quitó la mano del hombro ni siquiera cuando conversó con sus amigos en el intermedio. Vieron la película a retazos. Al final, Dámaso estaba impaciente.

-Entonces tendré que robarme la plata -dijo.

Ana se encogió de hombros.

-Le daré un garrotazo al primero que encuentre
-dijo Dámaso empujándola por entre la multitud que

abandonaba el cine-. Así me llevarán a la cárcel por asesino.

Ana sonrió en su interior. Pero continuó inflexible. A la mañana siguiente, después de una noche tormentosa, Dámaso se vistió con una urgencia ostensible y amenazante. Pasó junto a su mujer, gruñendo:

-No vuelvo más nunca.

Ana no pudo reprimir un ligero temblor.

-Feliz viaje -gritó.

Después del portazo empezó para Dámaso un domingo vacío e interminable. La vistosa cacharrería del mercado público y las mujeres vestidas de colores brillantes que salían con sus niños de la misa de ocho, ponían toques alegres en la plaza, pero el aire empezaba a endurecerse de calor.

Pasó el día en el salón de billar. Un grupo de hombres jugó a las cartas en la mañana y antes del almuerzo hubo afluencia momentánea. Pero era evidente que el establecimiento había perdido su atractivo. Sólo al anochecer, cuando empezara la transmisión del béisbol, recobraría un poco de su antigua animación.

Después de que cerraron el salón, Dámaso se encontró sin rumbo en una plaza que parecía desangrarse. Descendió por la calle paralela al puerto, siguiendo el

rastró de una música alegre y remota. Al final de la calle había una sala de baile enorme y escueta, adornada con guirnaldas de papel descolorido, y al fondo de la sala una banda de músicos sobre una tarima de madera. Adentro flotaba un sofocante olor a carmín de labios.

Dámaso se instaló en el mostrador. Cuando terminó la pieza, el muchacho que tocaba los platillos en la banda recogió monedas entre los hombres que habían bailado. Una muchacha abandonó su pareja en el centro del salón y se acercó a Dámaso.

-¿Qué hubo, Jorge Negrete?

Dámaso la sentó a su lado. El cantinero, empolvado y con un clavel en la oreja, preguntó en falsete:

-¿Qué toman?

La muchacha se dirigió a Dámaso.

-¿Qué tomamos?

-Nada.

-Es por cuenta mía.

-No es eso -dijo Dámaso-. Tengo hambre.

-Lástima -suspiró el cantinero-. Con esos ojos.

Pasaron al comedor en el fondo de la sala. Por la forma del cuerpo la muchacha parecía excesivamente joven, pero la costra de polvos y colores y el barniz de los labios impedían conocer su verdadera edad. Después de

comer, Dámaso la siguió al cuarto, al fondo de un patio oscuro donde se sentía la respiración de los animales dormidos. La cama estaba ocupada por un niño de pocos meses envuelto en trapos de colores. La muchacha puso los trapos en una caja de madera, acostó al niño dentro, y luego puso la caja en el suelo.

–Se lo van a comer los ratones –dijo Dámaso.

–No se lo comen –dijo ella.

Se cambió el traje rojo por otro más descotado con grandes flores amarillas.

–¿Quién es el papá? –preguntó Dámaso.

–No tengo la menor idea –dijo ella. Y después, desde la puerta: –Vuelvo en seguida.

La oyó cerrar el candado. Fumó varios cigarrillos, tendido boca arriba y con la ropa puesta. El lienzo de la cama vibraba al compás del mambo. No supo en qué momento se durmió. Al despertar, el cuarto parecía más grande en el vacío de la música.

La muchacha se estaba desvistiendo frente a la cama.

–¿Qué hora es?

–Como las cuatro –dijo ella-. ¿No ha llorado el niño?

–Creo que no –dijo Dámaso.

La muchacha se acostó muy cerca de él, escrutándolo con los ojos ligeramente desviados mientras le

desabotonaba la camisa. Dámaso comprendió que ella había estado bebiendo en serio. Trató de apagar la lámpara.

-Déjala así -dijo ella-. Me encanta mirarte los ojos.

El cuarto se llenó de ruidos rurales desde el amanecer. El niño lloró. La muchacha lo llevó a la cama y le dio de mamar, cantando entre dientes una canción de tres notas, hasta que todos se durmieron. Dámaso no se dio cuenta de que la muchacha despertó hacia las siete, salió del cuarto y regresó sin el niño.

-Todo el mundo se va para el puerto -dijo.

Dámaso tuvo la sensación de no haber dormido más de una hora en toda la noche.

-¿A qué?

-A ver al negro que se robó las bolas -dijo ella-. Hoy se lo llevan.

Dámaso encendió su cigarrillo.

-Pobre hombre -suspiró la muchacha.

-Pobre por qué -dijo Dámaso-. Nadie lo obligó a ser ratero.

La muchacha pensó un momento con la cabeza apoyada en su pecho. Dijo en voz muy baja:

-No fue él.

-¿Quién dijo?

–Yo lo sé –dijo ella–. La noche que se metieron en el salón de billar el negro estaba con Gloria, y pasó todo el día siguiente en su cuarto hasta por la noche. Después vinieron diciendo que lo habían cogido en el cine.

–Gloria se lo puede decir a la policía.

–El negro se lo dijo –dijo ella–. El alcalde vino donde Gloria, volteó el cuarto al derecho y al revés, y dijo que la iba a llevar a la cárcel por cómplice. Al fin se arregló por veinte pesos.

Dámaso se levantó antes de las ocho.

–Quédate –le dijo la muchacha–. Voy a matar una gallina para el almuerzo.

Dámaso sacudió la peinilla en la palma de la mano antes de guardársela en el bolsillo posterior del pantalón.

–No puedo –dijo, atrayendo a la muchacha por las muñecas. Ella se había lavado la cara, y era en verdad muy joven, con unos ojos grandes y negros que le daban un aire desamparado. Lo abrazó por la cintura.

–Quédate –insistió.

–¿Para siempre?

Ella se ruborizó ligeramente, y lo separó.

–Embustero –dijo.

Ana se sentía agotada aquella mañana. Pero se

contagió de la excitación del pueblo. Recogió más de prisa que de costumbre la ropa para lavar esa semana, y se fue al puerto a presenciar el embarque del negro. Una multitud impaciente esperaba frente a las lanchas listas para zarpar. Allí estaba Dámaso.

Ana lo hurgó con los índices por los riñones.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Dámaso dando un salto.

—Vine a despedirte —dijo Ana.

Dámaso golpeó con los nudillos un poste del alumbrado público.

—Maldita sea —dijo.

Después de encender el cigarrillo arrojó al río la cajetilla vacía. Ana sacó otra del corpiño y se la metió en el bolsillo de la camisa. Dámaso sonrió por primera vez.

—Eres burra —dijo.

—Ja, ja —hizo Ana.

Poco después embarcaron al negro. Lo llevaron por el medio de la plaza, las muñecas amarradas a la espalda con una soga tirada por un agente de la policía. Otros dos agentes armados de fusiles caminaban a su lado. Estaba sin camisa, el labio inferior partido y una ceja hinchada, como un boxeador. Esquivaba las miradas de la multitud con una dignidad pasiva. En la

puerta del salón de billar, donde se había concentrado la mayor cantidad de público para participar de los dos extremos del espectáculo, el propietario lo vio pasar moviendo la cabeza en silencio. El resto de la gente lo observó con una especie de fervor.

La lancha zarpó en seguida. El negro iba en el tocho, amarrado de pies y manos a un tambor de petróleo. Cuando la lancha dio la vuelta en la mitad del río y pitó por última vez, la espalda del negro lanzó un destello.

–Pobre hombre –murmuró Ana.

–Criminales –dijo alguien cerca de ella–. Un ser humano no puede aguantar tanto sol.

Dámaso localizó la voz en una mujer extraordinariamente gorda, y empezó a moverse hacia la plaza.

–Hablas mucho –susurró al oído de Ana–. Lo único que falta es que te pongas a gritar el cuento.

Ella lo acompañó hasta la puerta del billar.

–Por lo menos anda a cambiarte –le dijo al abandonarlo–. Pareces un pordiosero.

La novedad había llevado al salón una clientela alborotada. Tratando de atender a todos, don Roque servía varias mesas al mismo tiempo. Dámaso esperó a que pasara junto a él.

-¿Quiere que le ayude?

Don Roque le puso enfrente media docena de botellas de cerveza con los vasos embocados en el cuello.

-Gracias, hijo.

Dámaso llevó las botellas a la mesa. Tomó varios pedidos, y siguió trayendo y llevando botellas, hasta que la clientela se fue a almorzar. Por la madrugada, cuando volvió al cuarto, Ana comprendió que había estado bebiendo. Lo cogió de la mano y se la puso en el vientre de ella.

-Tienta aquí -le dijo- ¿No sientes?

Dámaso no dio ninguna muestra de entusiasmo.

-Ya está vivo -dijo Ana-. Se pasa la noche dándome pataditas por dentro.

Pero él no reaccionó. Concentrado en sí mismo, salió al día siguiente muy temprano y no volvió hasta la medianoche. Así transcurrió la semana. En los escasos momentos que pasaba en la casa, fumando acostado, esquivaba la conversación. Ana extremó su solicitud. En cierta ocasión, al principio de su vida en común, él se había comportado de igual modo, y entonces ella no lo conocía tanto como para no intervenir. Acaballado sobre ella en la cama, Dámaso la había golpeado hasta hacerla sangrar.

Esta vez esperó. Por la noche ponía junto a la lámpara una cajetilla de cigarrillos, sabiendo que él era capaz de soportar el hambre y la sed, pero no la necesidad de fumar. Por fin, a mediados de julio, Dámaso regresó al cuarto al atardecer. Ana se inquietó, pensando que él debía estar muy aturdido cuando venía a buscarla a esa hora. Comieron sin hablar. Pero antes de acostarse, Dámaso estaba ofuscado y blando, y dijo espontáneamente:

-Me quiero ir.

-¿Para dónde?

-Para cualquier parte.

Ana examinó el cuarto. Las carátulas de revistas que ella misma había recortado y pegado en las paredes hasta empapelarlas por completo con litografías de actores de cine, estaban gastadas y sin color. Había perdido la cuenta de los hombres que paulatinamente, de tanto mirarlas desde la cama, se habían ido llevando esos colores.

-Estás aburrido conmigo -dijo.

-No es eso -dijo Dámaso-. Es este pueblo.

-Es un pueblo como todos.

-No se pueden vender las bolas -dijo Dámaso.

-Deja esas bolas tranquilas -dijo Ana-. Mientras

Dios me dé fuerzas para aporrear ropa no tendrás que andar aventurando –y agregó suavemente después de una pausa–: No sé cómo se te ocurrió meterte en eso.

Dámaso terminó el cigarrillo antes de hablar.

–Era tan fácil que no me explico cómo no se le ocurrió a nadie –dijo.

–Por la plata –admitió Ana–. Pero nadie hubiera sido tan bruto de traerse las bolas.

–Fue sin pensarlo –dijo Dámaso–. Ya me venía cuando las vi detrás del mostrador, metidas en su cajita, y pensé que todo eso era mucho trabajo para venirme con las manos vacías.

–La mala hora –dijo Ana.

Dámaso experimentaba una sensación de alivio.

–Y mientras tanto no llegan las nuevas –dijo–. Mandaron decir que ahora son más caras y don Roque dice que así no es negocio –encendió otro cigarrillo, y mientras hablaba sentía que su corazón se iba desocupando de una materia oscura.

Contó que el propietario había decidido vender la mesa de billar. No valía mucho. El paño roto por las audacias de los aprendices había sido remendado con cuadros de diferentes colores y era necesario cambiarlo por completo. Mientras tanto, los clientes del salón, que

habían envejecido en torno al billar, no tenían ahora más diversión que las transmisiones del campeonato de béisbol.

—Total —concluyó Dámaso—, que sin quererlo nos tiramos al pueblo.

—Sin ninguna gracia —dijo Ana.

—La semana entrante se acaba el campeonato —dijo Dámaso.

—Y eso no es lo peor. Lo peor es el negro.

Acostada en un hombro, como en los primeros tiempos, sabía en qué estaba pensando su marido. Esperó a que terminara el cigarrillo. Después, con voz cautelosa, dijo:

—Dámaso.

—¿Qué pasa?

—Devuélvelas.

Él encendió otro cigarrillo.

—Eso es lo que estoy pensando hace días —dijo—. Pero la vaina es que no encuentro cómo.

Así que decidieron abandonar las bolas en un lugar público. Ana pensó luego que eso resolvía el problema del salón de billar, pero dejaba pendiente el del negro. La policía habría podido interpretar el hallazgo de muchos modos sin absolverlo. No descartaba tampoco el

pregun de que las bolas fueran encontradas por alguien que en vez de devolverlas se quedara con ellas para jugarlas.

—Ya que se van a hacer las cosas —concluyó Ana—, es mejor hacerlas bien hechas.

Desenterraron las bolas. Ana las envolvió en periódicos, cuidando de que el envoltorio no revelara la forma del contenido, y las guardó en el baul.

—Es cosa de esperar una ocasión —dijo.

Pero en espera de la ocasión transcurrieron dos semanas. La noche del 20 de agosto —dos meses después del asalto— Dámaso encontró a don Roque sentado detrás del mostrador, sacudiéndose los zancudos con un abanico de palma. Su soledad parecía más intensa con la radio apagada.

—Te lo dije —exclamó don Roque con cierto alborozo por el pronóstico cumplido—. Esto se fue al carajo.

Dámaso puso una moneda en el tocadiscos automático. El volumen de la música y el sistema de colores del aparato le parecieron una ruidosa prueba de su lealtad. Pero tuvo la impresión de que don Roque no lo advirtió. Entonces acercó un asiento y trató de consolarlo con argumentos ofuscados que el propietario trituraba sin emoción, al compás negligente de su abanico.

-No hay nada que hacer -decía-. El campeonato de béisbol no podía durar toda la vida.

-Pero pueden aparecer las bolas.

-No aparecerán.

-El negro no pudo habérselas comido.

-La policía buscó por todas partes -dijo don Roque con una certidumbre desesperante-. Las echó al río.

-Puede suceder un milagro.

-Déjate de ilusiones, hijo -replicó don Roque-. Las desgracias son como un caracol. ¿Tú crees en los milagros?

-A veces -dijo Dámaso.

Cuando abandonó el establecimiento aún no habían salido del cine. Los diálogos enormes y rotos del parlante resonaban en el pueblo apagado, y en las pocas casas que permanecían abiertas había algo de provisional. Dámaso erró un momento por los lados del cine. Después fue al salón de baile.

La banda tocaba por un solo cliente que bailaba con dos mujeres al tiempo. Las otras, juiciosamente sentadas contra la pared, parecían a la espera de una carta. Dámaso ocupó una mesa, hizo señal al cantinero de que le sirviera una cerveza, y la bebió en la botella con breves pausas para respirar, observando como a través

de un vidrio al hombre que bailaba con las dos mujeres. Era más pequeño que ellas.

A la media noche llegaron las mujeres que estaban en el cine, perseguidas por un grupo de hombres. La amiga de Dámaso, que hacía parte del grupo, abandonó a los otros y se sentó a su mesa.

Dámaso no la miró. Se había tomado media docena de cervezas y continuaba con la vista fija en el hombre que ahora bailaba con tres mujeres, pero sin ocuparse de ellas, divertido con las filigranas de sus propios pies. Parecía feliz, y era evidente que habría sido aún más feliz si además de las piernas y los brazos hubiera tenido una cola.

-No me gusta ese tipo -dijo Dámaso.

-Entonces no lo mires -dijo la muchacha.

Pidió un trago al cantinero. La pista comenzó a llenarse de parejas, pero el hombre de las tres mujeres siguió sintiéndose solo en el salón. En una vuelta se encontró con la mirada de Dámaso, imprimió mayor dinamismo a su baile, y le mostró en una sonrisa sus dientecillos de conejo. Dámaso sostuvo la mirada sin parpadear, hasta que el hombre se puso serio y le volvió la espalda.

-Se cree muy alegre -dijo Dámaso.

–Es muy alegre –dijo la muchacha–. Siempre que viene al pueblo coge la música por su cuenta, como todos los agentes viajeros.

Dámaso volvió hacia ella los ojos desviados.

–Entonces vete con él –dijo–. Donde comen tres comen cuatro.

Sin replicar, ella apartó la cara hacia la pista de baile, tomando el trago a sorbos lentos. El traje amarillo pálido acentuaba su timidez.

Bailaron la tanda siguiente. Al final, Dámaso estaba denso.

–Me estoy muriendo de hambre –dijo la muchacha, llevándolo por el brazo hacia el mostrador–. Tú también tienes que comer –. El hombre alegre venía con las tres mujeres en sentido contrario.

–Oiga –le dijo Dámaso.

El hombre le sonrió sin detenerse. Dámaso se soltó del brazo de su compañera y le cerró el paso.

–No me gustan sus dientes.

El hombre palideció, pero seguía sonriendo.

–A mi tampoco –dijo.

Antes de que la muchacha pudiera impedirlo, Dámaso le descargó un puñetazo en la cara y el hombre cayó sentado en el centro de la pista. Ningún cliente intervino.

Las tres mujeres abrazaron a Dámaso por la cintura, gritando, mientras su compañera lo empujaba hacia el fondo del salón. El hombre se incorporaba con la cara descompuesta por la impresión. Saltó como un mono en el centro de la pista y gritó:

-¡Que siga la música!

Hacia las dos, el salón estaba casi vacío, y las mujeres sin clientes empezaron a comer. Hacía calor. La muchacha llevó a la mesa un plato de arroz con frijoles y carne frita, y comió todo con una cuchara. Dámaso la miraba con una especie de estupor. Ella tendió hacia él una cuchara de arroz.

-Abre la boca.

Dámaso apoyó el mentón en el pecho y sacudió la cabeza.

-Eso es para las mujeres -dijo-. Los machos no comemos.

Tuvo que apoyar las manos en la mesa para levantarse. Cuando recobró el equilibrio el cantinero estaba cruzado de brazos frente a él.

-Son nueve con ochenta -dijo-. Este convento no es del gobierno.

Dámaso lo apartó.

-No me gustan los maricas -dijo.

El cantinero lo agarró por la manga, pero a una señal de la muchacha lo dejó pasar, diciendo:

-Pues no sabes lo que te pierdes.

Dámaso salió dando tumbos. El brillo misterioso del río bajo la luna abrió una hendidura de lucidez en su cerebro. Pero se cerró en seguida. Cuando vio la puerta de su cuarto, al otro lado del pueblo, Dámaso tuvo la certidumbre de haber dormido caminando. Sacudió la cabeza. De un modo confuso pero urgente se dio cuenta de que a partir de ese instante tenía que vigilar cada uno de sus movimientos. Empujó la puerta con cuidado para impedir que crujieran los goznes.

Ana lo sintió registrando el baúl. Se volteó contra la pared para evitar la luz de la lámpara, pero luego se dio cuenta de que su marido no se estaba desvistiendo. Un golpe de clarividencia la sentó en la cama. Dámaso estaba junto al baúl, con el envoltorio de las bolas y la linterna en la mano.

Se puso el índice en los labios.

Ana saltó de la cama. «Estás loco», susurró corriendo hacia la puerta. Rápidamente pasó la tranca. Dámaso se guardó la linterna en el bolsillo del pantalón junto con el cuchillo y la lima afilada, y avanzó hacia ella con el

envoltorio apretado bajo el brazo. Ana apoyó la espalda contra la puerta.

-De aquí no sales mientras yo esté viva -murmuró.

Dámaso trató de apartarla.

-Quítate -dijo.

Ana se agarró con las dos manos al marco de la puerta. Se miraron a los ojos sin parpadear.

-Eres un burro -murmuró Ana-. Lo que Dios te dio en ojos te lo quitó en sesos.

Dámaso la agarró por el cabello, torció la muñeca y le hizo bajar la cabeza, diciendo con los dientes apretados:

-Te dije que te quitaras.

Ana lo miró de lado con el ojo torcido como el de un buey bajo el yugo. Por un momento se sintió invulnerable al dolor, y más fuerte que su marido, pero él siguió torciéndole el cabello hasta que se le atragantaron las lágrimas.

-Me vas a matar el muchacho en la barriga -dijo.

Dámaso la llevó casi en vilo hasta la cama. Al sentirse libre, ella le saltó por la espalda, lo trabó con las piernas y brazos, y ambos cayeron en la cama. Habían empezado a perder fuerzas por la sofocación.

-Grito -susurró Ana contra su oído-. Si te mueves me pongo a gritar.

Dámaso bufó en una cólera sorda, golpeándole las rodillas con el envoltorio de las bolas. Ana lanzó un quejido y aflojó las piernas, pero volvió a abrazarse a su cintura para impedir que llegara a la puerta. Entonces empezó a suplicar.

-Te prometo que yo misma las llevo mañana -decía-. Las pondré sin que nadie se dé cuenta.

Cada vez más cerca de la puerta, Dámaso le golpeaba las manos con las bolas. Ella lo soltaba por momentos mientras pasaba el dolor. Después lo abrazaba de nuevo y seguía suplicando.

-Puedo decir que fui yo -decía-. Así como estoy no pueden meterme en el cepo.

Dámaso se liberó.

-Te va a ver todo el pueblo -dijo Ana-. Eres tan bruto que no te das cuenta de que hay luna clara -volvió a abrazarlo antes de que acabara de quitar la tranca. Entonces, con los ojos cerrados, lo golpeó en el cuello y en la cara, casi gritando: «Animal, animal». Dámaso trató de protegerse, y ella se abrazó a la tranca y se la arrebató de las manos. Le lanzó un golpe a la cabeza. Dámaso lo esquivó y la tranca sonó en el hueso de su hombro como un cristal.

-Putá -gritó.

En ese momento no se preocupaba por no hacer ruido. La golpeó en la oreja con el revés del puño, y sintió el quejido profundo y el denso impacto del cuerpo contra la pared, pero no miró. Salió del cuarto sin cerrar la puerta.

Ana permaneció en el suelo, aturdida por el dolor, y esperó a que algo ocurriera en su vientre. Del otro lado de la pared la llamaron con una voz que parecía de una persona enterrada. Se mordió los labios para no llorar. No pensó —como no lo había pensado la primera vez— que Damaso estaba aún frente al cuarto, diciéndose que el plan había fracasado, y en espera de que ella saliera dando gritos. Pero Ana cometió el mismo error por segunda vez: en lugar de perseguir a su marido, se puso los zapatos, ajustó la puerta y se sentó en la cama a esperar.

Sólo cuando se ajustó la puerta comprendió Dámaso que no podía retroceder. Un alboroto de perros lo persiguió hasta el final de la calle, pero después hubo un silencio espectral. Eludió los andenes, tratando de escapar de sus propios pasos, que sonaban grandes y ajenos en el pueblo dormido. No tuvo ninguna precaución mientras no estuvo en el solar baldío, frente a la puerta falsa del salón de billar.

sobreponerse a la tensión de los nervios, experimentó una rara fascinación.

Esta vez no se cuidó de los ladrillos sueltos. Ajustó la puerta con los zapatos y después de atravesar el chorro de luna encendió la linterna para buscar la cajita de las bolas detrás del mostrador. Actuaba sin prevención. Moviendo la linterna de izquierda a derecha vio un montón de frascos polvorientos, un par de estribos con espuelas, una camisa enrollada y sucia de aceite de motor, y luego la cajita de las bolas en el mismo lugar en que la había dejado. Pero no detuvo el haz de luz hasta el final. Allí estaba el gato.

El animal lo miró sin misterio a través de la luz. Dámaso lo siguió enfocando hasta que recordó con un ligero escalofrío que nunca lo había visto en el salón durante el día. Movié la linterna hacia delante, diciendo: «zape», pero el animal permaneció impassible. Entonces hubo una especie de detonación silenciosa dentro de su cabeza y el gato desapareció por completo de su memoria. Cuando comprendió lo que estaba pasando, ya había soltado la linterna y apretaba el paquete de las bolas contra el pecho. El salón estaba iluminado.

-¡Epa!

Reconoció la voz de don Roque. Se enderezó lenta-

mente, sintiendo un cansancio terrible en los riñones. Don Roque avanzaba desde el fondo del salón, en calzoncillos y con una barra de hierro en la mano, todavía ofuscado por la claridad. Había una hamaca colgada detrás de las botellas y los cajones vacíos, muy cerca de donde había pasado Dámaso al entrar. También eso era distinto a la primera vez.

Cuando estuvo a menos de diez metros, don Roque dio un saltito y se puso en guardia. Dámaso escondió la mano con el paquete. Don Roque frunció la nariz, avanzando la cabeza, para reconocerlo sin los anteojos.

-Muchacho -exclamó.

Dámaso sintió como si algo infinito hubiera por fin terminado. Don Roque bajó la barra y se acercó con la boca abierta. Sin lentes y sin la dentadura postiza parecía una mujer.

-¿Qué haces aquí?

-Nada -dijo Dámaso.

Cambió de posición con un imperceptible movimiento del cuerpo.

-¿Qué llevas ahí? -preguntó don Roque.

Dámaso retrocedió.

-Nada- dijo.

Don Roque se puso rojo y empezó a temblar.

—¿Qué llevas ahí? —gritó, dando un paso hacia delante con la barra levantada. Dámaso le dio el paquete. Don Roque lo recibió con la mano izquierda, sin descuidar la guardia, y lo examinó con los dedos. Sólo entonces comprendió.

—No puede ser —dijo.

Estaba tan perplejo, que puso la barra sobre el mostrador y pareció olvidarse de Dámaso mientras abría el paquete. Contempló las bolas en silencio.

—Venía a ponerlas otra vez —dijo Dámaso.

—Por supuesto —dijo don Roque.

Dámaso estaba lívido. El alcohol lo había abandonado por completo, y sólo le quedaba un sedimento terroso en la lengua y una confusa sensación de soledad.

—Así que éste era el milagro —dijo Don Roque, cerrando el paquete—. No puedo creer que seas tan bruto.

Cuando levantó la cabeza había cambiado de expresión.

—¿Y los doscientos pesos?

—No había nada en la gaveta —dijo Dámaso.

Don Roque lo miró pensativo, masticando en el vacío, y después sonrió.

—No había nada —repitió varias veces—. De manera que no había nada.

Volvió a agarrar la barra, diciendo:

–Pues ahora mismo le vamos a echar ese cuento al alcalde.

Dámaso se secó en los pantalones el sudor de las manos.

–Usted sabe que no había nada.

Don Roque siguió sonriendo.

–Había doscientos pesos –dijo–. Y ahora te los van a sacar del pellejo, no tanto por ratero como por bruto.

*

JUAN RULFO

1917 1986

CON UNA obra completa de pocas páginas, en la que sobresalen los títulos *El llano en llamas* (1953), una colección de cuentos, y la novela *Pedro Páramo* (1955), más dos novelas breves, *El gallo de oro* (1959) y *El despojo* (1960), que se convirtieron al final en guiones de cine, el escritor mexicano Juan Rulfo no necesitó más para contarle todo y convertirse en un clásico. Nacido en el Estado de Jalisco, perdió pronto a sus padres y pasó parte de su infancia y primera juventud en un internado con su hermano mayor en Guadalajara. Aunque no recibió una educación universitaria académica, fue un hombre de una temprana y profunda cultura, conocedor como pocos de la geografía, antropología e historia mexicanas, con sucesos como la Revolución Mexicana y la Guerra Cristera que marcaron su obra. Radicado desde 1934 en la Ciudad de México, ejerció los cargos más variados desde agente de inmigración, capataz en una fábrica de llantas, hasta editor en el Instituto Nacional Indigenista. Viajero incansable, ejerció con igual deslumbramiento la profesión de fotógrafo, dejando una colección de imágenes tan autónoma como su obra escrita. Por razones tan misteriosas como las

atmósferas y los personajes que transitan por sus historias, Rulfo dejó de publicar libros desde la década de los sesenta. Un amigo suyo afirmó que Rulfo fue un caso único en la literatura, pues nadie ha logrado imitarlo.

No oyes ladrar los perros

De *El llano en llamas*

-Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

-No se ve nada.

-Ya debemos estar cerca.

-Sí, pero no se oye nada.

-Mira bien.

-No se ve nada.

-Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamada redonda.

-Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fijate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

-Sí, pero no veo rastro de nada.

-Me estoy cansando.

-Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

-¿Cómo te sientes?

-Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuando le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja.

Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

-¿Te duele mucho?

-Algo -contestaba él.

Primero le había dicho: "Apéame aquí... Déjame aquí... Ve tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco". Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía.

Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

-No veo por dónde voy -decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca.

Y él acá abajo.

-¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

-Éste no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga

que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme qué ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

-Bájame, padre.

-¿Te sientes mal?

-Sí.

-Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

-Te llevaré a Tonaya.

-Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmurada:

-Quiero acostarme un rato.

-Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

-Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado

tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

—Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal de que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me toca la he maldecido. He dicho: “¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!” Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: “Ése no puede ser mi hijo.”

—Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

-No veo nada.

-Peor para ti, Ignacio.

-Tengo sed.

-¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

-Dame agua.

-Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

-Tengo mucha sed y mucho sueño.

-Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces.

Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descansa en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolos de un lado para el otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: “No tenemos a quién darle nuestra lástima.” ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaban, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

-¿Y tú no los oías, Ignacio? -dijo-. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.

*

RUBEM FONSECA

1925

YA DESDE sus primeros libros de cuentos, *Los prisioneros* (1963), *El collar de perro* (1965) y *Lúcia MacCartney* (1967), Fonseca se mostró como un escritor polémico y sin concesiones. Nacido en Mina Gerais, vivió desde niño en Río de Janeiro, ciudad que se convertiría en el escenario principal de la gran mayoría de sus obras. Estudió Derecho y Administración y se especializó en Derecho Penal. Sin duda esta formación académica ejerció una influencia definitiva en su obra literaria, donde transitan y abundan seres marginales, protagonistas de episodios sórdidos y violentos, casos policiales que desnudan, entre otras cosas, la corrupción oficial, y expresan sin maniqueísmos las profundas contradicciones de una sociedad en desequilibrio. Sus dos siguientes colecciones de cuentos, *Feliz año nuevo* (1975), censurado por la justicia brasilera, y *El cobrador* (1979) son quizás las obras que mejor reflejan esta visión directa de un orden social despiadado. Con un estilo siempre cuidadoso y con argumentos sólidos, en muchos de los cuales reflexiona sobre el papel y las pasiones del escritor,

Fonseca se ha convertido en un autor de culto con títulos imprescindibles como las novelas *El caso Morel* (1973), *El gran arte* (1983), *Agosto* (1990) o *Diario de un libertino* (2005), entre otras. Huye de la fama como de una de las pestes que agobian a muchos de sus personajes.

Encuentro en el Amazonas

De El cobrador

Supimos que había ido desde Corumbá a Belém, por Brasilia, en autobús. De tanto andar tras él, ya lo conocía como si fuera de la familia. Andaba huyendo, pero eso no le impedía ver cuanto museo o iglesia encontraba en el camino.

El único museo que había en Belém era el Goeldi. Se había pasado dos días visitando el Goeldi, aunque tenía razones para sospechar que íbamos acercándonos. Todo el mundo lo había visto.

–Estuvo un buen rato mirando los peces. Llevaba un cuaderno gordo lleno de anotaciones– dijo el hombre del acuario.

–Si eso fue anteaer, es posible que aún ande por aquí– dijo Carlos Alberto.

Carlos Alberto me acompañaba en aquella misión.

Nos sentamos en un bar y pedimos una cerveza. La cerveza de Pará no era mala. En cualquier lugar del mundo se puede tomar una cerveza aceptable.

-¿Qué nombre usará ahora? - preguntó Carlos Alberto.

-No sé. Pero seguro que no es ninguno de los que le conocemos.

Había entrado por la frontera de Argentina e iba subiendo hacia el norte. Sabíamos que había llegado a Brasilia y que desde ahí había ido a Belém en autobús, haciendo, sólo en esta etapa, mil novecientos un kilómetros de carretera. Desde Belém podía haber ido hacia Macapá o a Santarém, o a Manaus, y de allí a Boa Vista, más al norte, cerca de la Guyana, y de Venezuela. O hacia el noreste, a Porto Velho y luego a Río Branco, junto a las fronteras de Perú y Bolivia.

Tuvimos mucha suerte al dar con su hotel en Belém. Un taxista se acordaba de él. Era el Hotel Ecuatorial. El portero dijo que había preguntado si subía algún vapor hacia Manaus. Debía haber comprado el pasaje en la agencia Lusotour.

-Claro que me acuerdo de él. Sería difícil olvidarlo. Quería pasaje en uno de los barcos que remontan el Amazonas hasta Manaus- dijo el hombre de la agencia.

-¿Y emprendió el viaje?

-No lo sé. Creo que sí. Nosotros no controlamos el embarque. Anda aquello muy desorganizado. Pero puede haber ido en avión, pues tenía una reservación para Manaus.

En el aeropuerto tampoco obtuvimos información. Podía haber embarcado o podía no haberlo hecho. Los nombres de la lista de pasajeros no aclaraban nada. De pronto parecía como si la gente hubiera dejado de verlo, como si eso fuera posible.

Sacamos a cara o cruz quién iba directamente en avión hasta Manaus, a esperarle en caso de que hubiera ido hacia allá, y quién iba a remontar el río investigando en cada pueblo, villa o ciudad en que se detenía el barco hasta Manaus.

Cara era Manaus, y le tocó a Carlos Alberto.

-Bueno, ya sabes lo que hay que hacer, ¿no?

-Tranquilo- dijo Carlos Alberto.

Carlos Alberto llevaba poco tiempo con nosotros. Era aún muy joven, pero muy aplicado.

-El aeropuerto de Manaus es moderno y tiene mucho movimiento- dije.

-Tú tranquilo-. Carlos Alberto sólo se mostraba locuaz cuando hablaba de la madre que andaba esco-

giendo. Lo llevé hasta el aeropuerto. Esperé hasta que despegó el avión.

Tenía para una semana en Belém, esperando el barco. Despertaba a las cinco de la mañana y me quedaba oyendo la radio, para familiarizarme con las cosas locales. Después tomaba un baño, me ponía unos pantalones y una camisa y salía a la calle. Me alojaba en un hotel de tipo medio en el que había sólo turistas brasileños del norte y del nordeste.

Eran las siete y media cuando llegué al museo. Entré por la puerta de funcionarios, sin darme cuenta de que no estaba abierto al público.

Fui hasta la jaula de los animales. Dentro de pocos años ya no quedaría ninguno. Toda la fauna amazónica esta siendo diezmada. Cuando me vio, la onza empezó a brincar. Corría y se revolcaba, barriga al aire, como si fuera un gato. Otro animal muy bonito y elegante era la susuarana, una especie de leopardo. Su pelo lila, lavado, brillaba en la claridad de la mañana. Los monos, sin embargo, parecían animales tristes, desgraciados y maníacos. Había uno que ocultaba el rostro agarrado a las barras de hierro. Sus manos parecían las mías. El rostro y la mirada del mono tenía el aire de desilusión y de derrota de quien perdió la capacidad de resistir y soñar.

El restaurante del hotel era pequeño, pero muy eficiente. Yo comía diariamente pinzas de bogavante a la vinagreta y camarones regados con vino blanco de Río Grande do Sul. De nada servía ponerse nervioso. Tenía que ser paciente. Podía estar remontado el río hasta Manaus. Si se quedaba a mitad de camino, lo encontraría a menos que desembarcara, cogiera un barco y se metiera por uno de los afluentes del Amazonas. Entonces desaparecería sin dejar rastro y no habría quien pudiera dar con él. Pero ni podía ni quería desaparecer en la Amazonia. También él tenía su misión.

Si quería salir del Brasil en avión, vía Manaus, como parecía, podía ir al Perú o a Bolivia, a Venezuela o a Colombia. Iba a ser difícil entonces encontrar otra vez su rastro.

En Argentina no le había ido bien. Tampoco en Paraguay. En Brasil había hecho un buen trabajo, teniendo en cuenta las circunstancias, hasta que fuimos cerrando el cerco –nos costó trabajo descubrir quién era– y empezó a ir hacia el sudeste, desde donde se desvió hacia el norte de manera tan insólita, que casi nos despista.

Para nosotros, una ciudad pequeña era la que no llegaba al millón de habitantes. Como Manaus. En las ciudades pequeñas teníamos que andar con más cuida-

dia. Los forasteros eran detectados fácilmente. Aparte de otras dificultades.

La vesperta de mi embarque fui a tomar un helado de frutas cerca de la plaza de Bernarito Santos. Era un sitio donde hacían más de ochenta tipos de helados. Yo quería tomar uno de bacurí.

-¿Está bueno? - me preguntó. Era una chiquilla menudita, rubia, que había surgido inesperadamente junto a mí. -¿Usted es de fuera?

-Sí- le respondí. De nada servía mentir. Belém era una ciudad grande, de más de un millón de habitantes. Tal vez pasara inadvertido, pero había que evitar las mentiras obvias. La chiquilla, desde luego, no suponía ningún riesgo, pero incluso así actuaría ante ella de acuerdo a lo decidido.

-¿De dónde?

-De Porto Alegre-. Era mentira, pero conocía bien Porto Alegre.

-Del otro extremo. ¿Cuántos kilómetros hay hasta allá?

-Miles. Cuatro mil, más o menos.

-Yo soy de Macapá. Estoy estudiando aquí. Soy la oveja negra de la familia.

Sus ojos eran de un verde descolorido. Con su mira-

da ansiosa y la cara pequeña, parecía el mono triste del Goeldi.

-También yo soy una oveja negra- dije.

Fuimos andando mientras tomábamos el helado.

-¿Y a dónde vas ahora? ¿Quieres cenar conmigo?- le pregunté.

Cenamos un churrasco de pescado en el restaurante del hotel. Los peces del Amazonas son todos muy sabrosos. Siempre que iba al norte, comía pescado, sólo pescado. La cocina de Pará es muy rica. Dicen los gastrónomos que es la única genuinamente brasileña. Ella comió pato con mandioca. Con tanto pescado, tucunarés, pirarucúes, tambaquíes, pintados y camarones, langostas y cangrejos, yo no iba a perder el tiempo comiendo pato, como si estuviera en Francia.

En el restaurante fui sonsacándole a la chiquita. Dijo que tenía diecinueve años, que era de Macapá, que su padre comerciaba en madera (era uno de esos que están devastando el Brasil) recibía una asignación mensual, vivía sola, iba a hacer el curso propedéutico de la Universidad de Belém. Todo era verdad, podía estar tranquilo.

Fuimos luego a mi cuarto. Aquel cuerpo pequeñito estaba muy bien hecho. Pero desnuda parecía más vieja y flácida.

-¿Puedo quedarme a dormir aquí?- preguntó. Eso me ocurría muchas veces. En las ciudades pequeñas eran los perros los que me seguían por las calles hasta donde me alojaba. Siempre les daba comida y les acariciaba la cabeza.

-Claro que puedes- le dije.

Durante la noche pasé más tiempo despierto que dormido.

Fue una semana aburrida. Carlos Alberto telefoneó desde Manaus diciendo que estaba atento. Había hecho un reconocimiento completo en el aeropuerto.

-La ciudad está llena de gangueros. No es normal tal cantidad de gente cargando cajas de cartón con equipos electrónicos. Gente de todo el Brasil. Están locos.

¿Quién inventó esa idiotez de la Zona Franca?

-Es una larga historia que no voy a explicar por teléfono- le dije -¿Has encontrado a tu madre?

-Aún no. Aquí sólo hay burguesas imbéciles, de short, paulistas, cariocas, de Paraná, del sur, embobadas ante los escaparates de las tiendas de cacharros de importación. Verijas perfumadas.

La chiquilla de Macapá se llamaba Dorinha, María Dolores. Dorinha, dolor pequeño, dolorcito. Así la llamaba yo.

-Dolorcito, me voy.

-¿Puedo irme contigo?

-Volveré.

-¿Lo juras?

Los juramentos no valen nada. Los míos, menos aún.

-Lo juro.

Yo viajaba con poco equipaje. Una bolsa de colgar y una maleta de nylon. Dolorcito cargó con la maleta hasta el muelle Mosqueiro Soure. La bolsa, yo no la dejaba jamás. No podía, claro; sería un error.

En el muelle había centenares de personas cargando un montón de equipajes, bombonas de gas, colchonetas, muebles, sacos de comida. *El Pedro Teixeira* tenía primera clase, para cien pasajeros, y tercera. Yo había conseguido uno de los escasos camarotes de dos plazas. Una de ellas la había bloqueado. No quiero viajar con nadie. La mayoría de los camarotes de primera tenían cuatro literas, ocupadas generalmente por personas que no se conocían. Sólo dos camarotes, llamados de lujo, tenían baño propio y aire acondicionado. Los demás pasajeros usaban los baños comunes.

Mi camarote era el 30, y quedaba a estribor.

-No dejes de escribirme- dijo Dorinha.

-Adiós, Dolorcito- dije, besándola en la cara.

Por el altavoz colocado en el muelle anunciaron que los pasajeros de tercera podían embarcar ya. Corrieron hacia la cubierta de popa y armaron sus hamacas.

Las colocaban unas sobre otras, tocándose, en una maraña que parecía algo inventado por la naturaleza, una flor del fondo del mar. Una red de redes que no podía haber sido planeada ni creada por ningún arquitecto o ingeniero, sino que brotó en sólo media hora, del ansia y las necesidades de la gente.

Hacía mucho calor. Saqué la silla de mi camarote y la coloqué en el corredor. Desde allí veía las hamacas. Había abierta una puerta de comunicación, pero los pasajeros de tercera se limitaban a mirar hacia el pasillo de primera con reverente curiosidad. Un hombre, acompañado de su mujer y de su hijo, franqueó la puerta. Pasó ante mí y él que decía: "Ese debe ser un pez gordo". No había rencor en su voz. Aceptaba que en el mundo hubiera peces gordos que viajaban en primera, con camarote y una silla para sentarse en el corredor, y otras que viajaban en hamacas colgadas como ristras de cebollas.

El camarote 28 (a estribor tenía números pares; a babor, impares) estaba ocupado por tres hombres. Uno de ellos empezó a hablar conmigo. Dijo que era de Goiás, abogado, y que trasladaba el bufete a Parintins.

-Ahí sólo hay un juez, un procurador y un abogado. No vale la pena quedarse en Goiás. Hay demasiada competencia.

Se llamaba Enin. En el anular de la mano izquierda exhibía una enorme sortija con una piedra roja.

Mi camarote, aparte de las literas, tenía dos armarios y lavaba. Comprobé que cerraran las puertas -una con persiana y la otra con una telilla por dentro para evitar que entraran los insectos. Me habían dado dos llaves, una del camarote y la otra del baño.

El baño estaba sucio incluso antes de empezar el viaje.

Tres pitidos largos resonaron en la noche tibia. El navío empezó a desatracar. Soplaban una brisa fresca y agradable. Un marinero cerró la puerta de comunicación con tercera clase. Sentí un considerable alivio. Me molestaba la pobreza, como si fuera una enfermedad contagiosa. Me irritaba toda aquella gente que soportaba tanta humillación y sufrimiento.

Eran la diez. Me quité la ropa y me tumbé en la litera inferior. Dormí mal. Soñé con él. No era la primera vez. Nunca lo había visto, y soñaba con él. Con la descripción que de él me habían dado. Quería verlo, echarle la mano encima, estaba ya cansado de correr inútilmente tras él.

Me levanté a las cuatro y media. En el camarote no había toallas ni jabón. Yo llevaba una toalla en la maleta y una pastilla pequeña de jabón del hotel. Me puse los pantalones y salí, cargando con la bolsa. Un viento frío me envolvió. El barco entero dormía.

El baño tenía tres bañeras y dos duchas. Intenté aliviar el vientre, como hacía siempre al despertarme, pero no lo conseguí. Me bañé y me sequé sólo las nalgas, el pene y los testículos, para no mojar demasiado la toalla. Mantuve la bolsa siempre cerca de mí.

Volví al camarote y me puse unos pantalones de dril y una camisa. Salí a la cubierta superior abierta, a popa.

El día amaneció nublado, casi a las seis. Aún estábamos en el río Pará. El desayuno lo servirían a las siete. La comida, de once a doce, y la cena, de diecisiete a dieciocho.

Los pasajeros de tercera habían sido segregados en la cubierta inferior, pero algunos consiguieron escapar y dormían en las tumbonas de arriba.

A las siete fui al comedor. Tenía que comportarme como un pasajero común, y decidí adoptar la identidad de un turista del sur interesado en visitar la Zona Franca, para hacer compras.

Había estado en Manaus en los primeros años de la

Zama Franca. La ciudad me había causado la impresión de tener más farmacias que cualquier otra de las que conocía. Y el espectáculo de los compradores cargados con las bolsas de colorines, llenas de trastos de importación, le daban un aire materialista y corrupto. Fui a comer al mejor restaurante de la ciudad. Pedí un churrasco de pirarucú. La gente que comía allí, seguramente los elegantes del lugar, tenían el mismo aire que los clientes de cualquier churrasquería del Méjer o del Braz. Pero no había negros ni mulatos. Todos llevaban relojes vistosos, vestían como la gente del sur, con chaqueta y corbata. Me llevé a la cama a una putita de catorce años que tenía la dentadura postiza.

Mi mesa, en el barco, reunía, contándome a mí, diez personas. Un matrimonio extranjero, rubios los dos, que andarían por los treinta años; dos mujeres mayores, posiblemente compradoras; tres hombres con quienes ya había hablado durante el viaje y que dormían en el mismo camarote, uno de ellos era el abogado Ezir, y un matrimonio al que no conocí hasta la hora de la comida, pues dormían hasta muy tarde.

Los extranjeros hablaban en voz baja. Eran educados y serviciales. Estaban en el centro de la mesa y pasaban las jarras de café y leche y el azucarero de un lado a otro

de la mesa con una sonrisa. Yo conocía ya a ese tipo de gente. El hombre llevaba una Nikon, para documentar el viaje y mostrar luego las diapositivas a los amigos. Fotografiaba la inmensidad de las aguas y la pobreza de la gente y los barrancos de las orillas.

Intenté descubrir la procedencia del matrimonio, por el acento. Había ecos de acento italiano, reminiscencias sonoras del francés, cierta guturalidad germánica. No era difícil concluir que eran suizos.

Después del café la suiza se fue a cubierta a tomar un baño de sol. Tenía un hermoso cuerpo. Había desayunado con parquedad como quien se esfuerza en mantener su peso, rechazando las bananas, cosa que no hizo el marido. La suiza tenía, sin embargo, unos pies muy feos. Como la mayoría de las mujeres, tenía durezas en los dedos y en el talón, el dedo gordo torcido. Pero sus piernas eran bonitas.

Cuando pasábamos junto a las barrancas de las márgenes del río, se acercaban enjambres de canoas tripuladas por mujeres con uno o dos chiquillos, pidiendo cosas con gritos que parecían gruñidos de perro, como si esperaran que los pasajeros les tiraran cosas, comida tal vez, o ropa. Pero no vi que eso ocurriera ni una sola vez.

A la hora de la comida conocí al matrimonio que faltaba en la mesa C. El hombre era moreno y fuerte, con cabello basto y ondulado, bigote grueso, y llevaba gafas de sol. Así, al principio, había en su aspecto algo siniestro y amenazador. Ella era flaca, quemada por el sol, alta y más joven que él. Debía tener, como máximo, unos veinte años. Los dos se reían mucho, satisfechos, nada incómodos.

Los otros hombres de la mesa hablaban con Ezir. Uno de ellos era un jubilado del gobierno de Pará, que iba a pasar la Navidad con la familia. El otro era funcionario del Ministro de Asuntos Exteriores, agregado a la Comisión de Límites y Fronteras, un tipo grande y parlanchín que sabía muchas cosas sobre la Amazonia y que gustaba de contar historias pintorescas. Las dos mujeres eran pernambucanas, muy interesadas en los magnetófonos y en las cámaras fotográficas. “¿Cree usted que darán con una Olympus si la metemos entre la ropa?” Podía estar tranquilo por lo que a la mesa C se refería. De todos modos, me sentaba de espaldas a la pared. Eran seis mesas, ocupadas en tres turnos. El mío era el primero. Muchos pasajeros de tercera habían pagado un suplemento para poder comer en primera. La comida de tercera era muy mala. Los pasajeros tenían que llevar un plato y un vaso.

Vi a muchos pasajeros de tercera que tiraban la comida al río.

No había en todo el barco una mujer a quien Carlos Alberto pudiera escoger por madre. Yo no sabía qué buscaba, pero sí lo que quería. Carlos Alberto se había criado en un hospicio y no había conocido a su madre. Cuando veía una mujer, imaginaba, “¿será ésa la mujer de cuyas entrañas me gustaría haber salido?” Pero no conseguía encontrarla.

A las veintitrés treinta del segundo día de viaje nos detuvimos en Gurupá, en el Urucuricaia. A pesar de la hora, el muelle estaba abarrotado de gente. Sabía que siempre habría curiosos en los muelles de las ciudades por donde pasáramos. Le habría sido imposible salir sin que nadie le viera. Pregunté a los vendedores de frutas, a los vendedores de artesanías, a las niñas, si le habían visto desembarcar del otro navío.

–Un fantasmón así, si apareciera, seguro que todo el mundo lo vería– dijo una chiquilla cuando acabé de describirlo.

Llevábamos tres días de viaje y aún no había logrado aliviar el vientre. Mi organismo ha funcionado siempre bien. Debía ser cosa de la suciedad del baño. El trabajo me tenía un poco tenso, pero no hasta el extremo de

causar aquella inhibición. Al fin y al cabo, no era mi primera misión. Estuve mucho tiempo encaramado allí, como un pajarraco, bolsa en mano, en una postura ridícula y poco confortable.

La hora del día que más me gustaba era la madrugada, cuando todos dormían y soplaba una brisa fresca. La cubierta estaba siempre vacía. Veía amanecer sentado en una de las tumbonas de la cubierta superior.

Apareció un hombre cargado con una jaula y un pájaro dentro. Era flaco y alto, cara huesuda y ancha, de norteño. Cogí mi bolsa, que estaba en el suelo, mientras permanecía atento a sus movimientos.

-¿Qué pájaro es ese?- le pregunté.

-Es un xinó- respondió. Iba en tercera y llevaba diez jaulas con pájaros. Cuatro de ellos eran ruiseñores.

Luego, inmediatamente, apareció mi compañera de mesa, casada con el tipo de aire siniestro.

-¿Se despierta usted siempre tan temprano?- me preguntó.

-Siempre- dije.

-Pues yo aún no he logrado dormir- dijo.

Cogió un collar de cuentas rojas que llevaba alrededor del cuello, lo hizo girar en el aire y lo tiró al río.

Me miró como si esperara algún comentario. Me quedé callado. Parecía que estaba ebria.

–Soy de Minas. Moacyr es del Sur, gaucho. No aguanto más este viaje.

Su felicidad parecía haber acabado. Se llamaba María de Lurdes. Encerrado en el barco, un matrimonio tiene que saber dosificar sus energías aún más que un hombre solo.

Durante el desayuno, Evandro, el hombre de la Comisión de Límites y Fronteras, me dijo que habíamos pasado por Almerim.

–Allí, ¿ve aquella torre de microondas de la Embra-tel?, está la Sierra de la Vieja Pobre. Aquellos árboles de copa amarilla son pau d'arco, una madera capaz de mellar cualquier hacha.

–¿Ve allá lejos?– continuó Evandro, –son las tierras de Jari. Un mundo. Caben tres Francias ahí, en esa selva. Y todo esto es de un norteamericano loco, un tal Ludwig.

Evandro me miró con aire suspicaz. ¿O sería todo invención de mi mente entrenada para desconfiar? ¿Qué respuesta estaría esperando?

–Es grande este Brasil– dije.

María de Lurdes se acercó y me ofreció una naranja.

Le di las gracias, pero no la acepté. Evandro se inclinó sobre la amurada. María de Lurdes se quitó el pañuelo de la cabeza y lo tiró al río con gesto teatral.

-El amor dura poco- dijo María de Lurdes. -Te espero esta noche a las diez y media. Mi cabina es la veinticinco. Moacyr se bebe una botella de aguardiente cada día y unas diez de cerveza. Cuando llega la noche no es hombre para nada.

María de Lurdes se quitó la falda y la blusa y las tiró al agua. Llevaba debajo un bikini rojo. Tenía un cuerpo bonito y joven. El sol fuerte hacía que el agua del río pareciera aún más cenagosa y definía el verde oscuro de la selva distante.

-¿Ve las marsopas? Me gustaría ser una marsopa. A veces se me ocurre tirarme al agua y salir corcoveando-. María de Lurdes levantó los brazos, en su sobaco despuntaba duro el pelo afeitado. Me dieron ganas de tender las manos y tocarle las puntas de los senos que surgían a través del tejido del sostén. Carlos Alberto la escogería para madre. María de Lurdes movió la lengua hacia fuera y hacia dentro, como un lagarto, mientras me miraba a los ojos.

-Las diez y media- dijo María Lurdes.

Evandro, muy próximo, fingía mirar al río.

-Almerim queda por allá. Ya estamos en el Amazonas -dijo Evandro.

Pasé el resto de la mañana en la tercera clase. Todos los días el ciego Noé tocaba el acordeón. Iba con su madre a Manaus, y de ahí para Porto Velho. Lo acompañaban tres tipos que tocaban el pandero, el bombo y el triángulo. Después la madre pasaba el platillo y la gente echaba en él billetes mugrientos de poco valor, y monedas.

-Casi todos éstos son gente que va a ver a la familia. Pero hay también algunos quincalleros que venden de todo, labradores que cambian de asiento, busconas, un pistolero en busca de aires más convenientes- dijo el marinero J. M. Todos los días le daba una propina.

-A ver, quién es el pistolero- le dije.

Era un cuarentón flaco y pálido, de bigotito fino. Un matón ordinario.

-¿Pistolero de quien?

-De quien le pague. No tiene patrón. Trabaja por libre para los hacendados y los comerciantes de la región. Pero no me llame J. M., por favor. Llámeme sólo João.

-Me dijeron que todos le llamaban así.

-Me llaman João, sólo João.

A la cena compareció Moacyr, ya borracho. María de

Lurdes se reía echando la cabeza atrás y abriendo bien la boca, mirándome. Ezir le guiñó el ojo a Evandro. Las dos mujeres cuchicheaban entre sí.

–Estamos entrando en el río Monte Alegre– dijo Evandro. –Es un río lleno de peces, hay tambaquis de a metro.

–Hay centenares de especies en este río– dijo el jubilado.

Después de cenar fui a mi cabina y me acosté. Un mariposón enorme revoloteaba por el camarote y topaba con mi cuerpo desnudo. La noche anterior había entrado un saltamontes y se posó en mi pecho. Sus patas se pegaron a mi piel. Cuando quise apartarlo, me dio una leve picada, como un alfilerazo. Iluminado por la lámpara que colgaba sobre mi cabeza, parecía hecho de hojas. Había también una lagartija que salía por la noche detrás del espejo y paseaba por el camarote a la caza de mosquitos. La mariposa se debatía y yo pensaba en María de Lurdes. Había decidido no ir a verla, pero eso no iba a disminuir mi deseo de tenerla; al contrario, parecía haberlo aumentado. Su cuerpo esbelto y moreno, su boca, su lengua de reptil, no se apartaban de mi mente. Pero podía comprometer mi trabajo. Llegaríamos a Monte Alegre hacia media noche.

A las once estaba en la proa. Avistamos las luces de Monte Alegre, a babor. La ciudad se dividía en alta y baja. Antes incluso de que atracara el navío, se acercaron las barcas de los vendedores de bananas, mangos, aguacates, papayas, quesos y dulces.

El muelle estaba lleno de gente. Pasábamos por varias casuchas, algunas con luces brillantes y hamacas de colores tendidas en el centro, muchas ocupadas ya por pasajeros.

Desembarqué y hablé con gente que había estado en el muelle de Monte Alegre cuando había pasado el otro barco, la semana anterior. Nadie le había visto desembarcar. Pero un muchacho que vendía quesos recordaba haberlo visto en la amurada, solo, inmóvil.

—Pensé que era un muñeco— dijo el muchacho.

El barco soltó tres pitidos prolongados que resonaron en la noche de luna clara. Yo estaba en proa, cerca de la cabina de mando. La luna brillaba tan fuerte, que parecía el sol visto a través de un filtro oscuro. Soplaban una brisa fresca y pura.

—Vamos de vuelta al lecho de la madre de todas las aguas dulces, el Amazonas— dijo Evandro a mi lado. Me llevé un susto al oír su voz. Se había acercado a mí sin que me diera cuenta, a pesar del silencio. Se oía la quilla

del barco hendiendo las aguas como si nos impulsara el viento.

Llegamos a Santarém a las tres treinta de la madrugada. Descendieron varios pasajeros. Uno de ellos, de tercera, desembarcó con todos los muebles de la casa –cama, colchón, armario, mesita–, aparte de varias maletas y tres bombonas de gas.

En el muelle de cemento de Santarém había algunos barcos mercantes de gran calado. Varios vendedores de artesanías exponían su mercancía. Los suizos desembarcaron y compraron bolsas y sombreros de paja.

María de Lurdes desembarcó conmigo. Sus ojos estaban enrojecidos y parecía ahora más joven y más frágil. –No sabe usted lo que se está perdiendo– dijo intentando parecer desvergonzada.

–Lo sé.

–¿Quién es ese tipo a quien anda buscando? – preguntó María de Lurdes cuando volvimos al barco.

–Un viejo amigo–. Podía llamarle así. Nunca le había visto, pero sabía todo sobre él, menos el sonido de su voz. No estaba en el expediente. Anoté mentalmente aquella laguna.

Empezaba a rayar el día cuando salimos de Santarém cortando el agua azul oscura del Tapajós, de vuelta

hacia el Amazonas. El Tapajós es un gran río, pero el Amazonas es muy fuerte. Arranca bloques de selva a sus márgenes. En su desembocadura empuja el mar y entra quince millas en el océano Atlántico.

El *Pedro Teixeira* subía cerca de la orilla, a babor. Se oía, cubriendo las aguas y subiendo por el cielo, el cantar de los pájaros que salía de la densa floresta. El aire era limpio y transparente. ¿Qué habría pensado él al pasar por allí? ¿Habría anotado cosas en su libreta? No había nada igual en las tierras de donde venía.

Los suizos, excitados, hacían fotos sin parar. –He tomado ya más de mil– dijo el suizo, intentando dar un tono modesto a su declaración.

A la hora de comer el jubulado, que se llamaba Alencar y hablaba poco, perdió la timidez cuando el suizo le preguntó quién había sido Pedro Teixeira.

–Pedro Teixeira fue el primero que remontó el río, en 1637– dijo Alencar. –Era un capitán portugués que mandaba las fuerzas que expulsaron primero a los ingleses y luego a los franceses del Gurupá.

Alencar hablaba de manera pausada, temiendo que el suizo no le entendiera.

–Salió de Gurupá y remontó el río hasta Quito, en Ecuador. Fundó la ciudad de Franciscana, que hoy se

llama Tabatinga. Colocó la muga portuguesa en el río Napo. Su viaje tiene características políticas importantes, pues señaló la expansión portuguesa en estas regiones. Según el tratado de Tordesillas, en 1494, la Amazonia tendría que ser española, pero los exploradores portugueses, con su vocación imperialista, no hicieron caso del Tratado, y en los siglos XV y XVI fueron tomando posesión de la Amazonia. En 1669, el capitán Mota Falcão levantó el fuerte de São José do Río Negro, donde más tarde se alzaría Manaus. En 1694, Lobo d'Almada remontó el Río Negro. Así en el siglo XVII, cuando se dieron cuenta de que los portugueses, de hecho, habían ocupado la mayor parte de la Amazonia y de que, si no eran contenidos en su expansionismo, iban a acabar ocupándola entera, los españoles propusieron otro tratado que fue firmado en 1759, fijando los nuevos límites brasileños en el extremo norte. Por el Napo, los portugueses habían llegado hasta el Ecuador, por el Marañón hasta Perú, por el Negro hasta Colombia y Venezuela. Un poco más y toda la Amazonia sería brasileña.

-Veo que algunos brasileños heredaron el espíritu imperialista portugués. Usted, al menos- dijo el suizo gentilmente.

—¿Para qué? Ni siquiera podemos mantener lo que tenemos— dijo Evandro.

—No soy imperialista— dijo Alencar. —¿Sabe qué extensión tiene la cuenca hidrográfica del Amazonas? Casi seis millones de kilómetros cuadrados. ¿Y la selva? No existe nada igual en el universo. Y sin embargo, todo esto va a ser arrasado. Ya ha empezado la destrucción. ¿De qué ha servido que nuestros antepasados conquistaran todo este territorio, si ahora somos incapaces de conservarlo?

El suizo se inclinó sobre el plato de arroz con frijoles escondiendo una sonrisa irónica. Eran historias pintorescas para contar cuando regresara a São Paulo, donde trabajaba en una multinacional. Y más tarde, en Suiza, al mostrar sus diapositivas, hablaría del delirio nacionalista de aquellos miserables mestizos de dientes cariados.

Por la noche no conseguí dormir, pensando en María de Lurdes. A la una de la mañana me levanté y fui hasta el camarote 25. Dentro estaba encendida la luz. Llamé a la puerta.

María de Lurdes salió del camarote. Lucía un montón de collares al cuello, llevaba un traje largo y un sombrero de paja en la cabeza.

—¿Tú aquí? ¿Al fin te has decidido?— dijo. —¿Quieres ver una cosa?

María del Lurdes abrió la puerta de par en par. Dentro del camarote había dos literas. En una de ellas estaba Moacyr durmiendo.

-Llevo quince días de casada, ya lo odio- dijo María de Lurdes.

La llevé a mi camarote. Le quité los collares uno a uno sintiendo en mi boca el gusto anticipado de su carne. Bajo el vestido no llevaba ninguna ropa.

-Estaba loca por ponerle los cuernos- dijo María de Lurdes.

-Cambiemos de tema- dije.

-¿Quieres hablar de amor?

-Sí. Quiero hablar de amor.

Nos acostamos en la litera de abajo.

-Me estás volviendo loca. Me haces subir al cielo al encuentro de Jesús- dijo María de Lurdes. Su cuerpo parecía hervir dentro de la cabina caliente y sofocada.

Por la mañana dijo que no quería ir a desayunar al comedor.

-Pensándolo bien, voy a quedarme aquí hasta que acabe el viaje.

Me vestí, agarré la bolsa y salí.

Volví a la hora de la comida. María de Lurdes estaba durmiendo.

La desperté. -Es mejor que te vistas. En cualquier momento tu marido va a echarte de menos.

-¡Que se vaya al diablo!

María del Lurdes abrió los brazos y las piernas.

-Ven- dijo.

Fui a comer, Moacyr no apareció por el comedor. Evandro avisó que a las catorce horas llegaríamos a Óbidos.

No había bajado en Óbidos.

El comandante me aseguró que todos los navíos de aquella línea paraban siempre en las mismas ciudades.

-Si usted quiere, por ejemplo, ir a Faro, o a Itacoatiara, tendrá que coger otro barco. Nosotros paramos siempre en los mismos puertos. Ahora, hasta llegar a Manaus pararemos sólo en Oriximiná y Parintis. Haremos un recorrido total de unas mil millas marítimas; la milla marítima tiene mil ochocientos cincuenta y dos metros, o sea, en kilómetros, recorreremos mil ochocientos cincuenta y dos, aproximadamente.

Debía haber seguido hasta Manaus, si es que había cogido el mismo barco. En ese caso Carlos Alberto ya lo habría localizado hacía varios días. Si así fuera, lo encontraríamos.

Moacyr apareció en la cabina del comandante.

-Capitán, mi mujer ha desaparecido- dijo Moacyr.
-Quizá se haya arrojado al río-. Olía a alcohol, pero su voz era firme.

-Sería conveniente que buscara mejor- dijo el comandante.

Corrí a mi camarote. María de Lurdes se negó a salir. Por eso no debe uno aliarse con mujeres cuando está trabajando.

Noté que el barco disminuía la marcha. Debía estar llegando a Oriximiná.

-No quiero volver a saber nada de Moacyr. Se pasa la vida borracho. Además, me engañó. No tiene un céntimo.

El barco se había detenido.

-¿Qué diablos llevas en esa bolsa de la que no te separas nunca?

La dejé en el camarote. Sabía que el barco se detendría sólo unos veinte minutos, para desembarcar a un pasajero.

Oriximiná era un pequeño pueblo de pocos habitantes. Su muelle, como el de todas las otras poblaciones por las que habíamos pasado, con excepción de Santarém, consistía en una plataforma de madera donde sólo podían atracar embarcaciones pequeñas. Su posición

permitía advertir en el horizonte las desembocaduras del Trombetas y del Nhamundá.

Desembarqué. Hice la pregunta de rutina a un chiquillo que llevaba un cesto de fruta.

El chiquillo le había visto. Su respuesta hizo que el corazón me latiera apresuradamente.

-Todos los días le llevo fruta y pescado. Vive en una casa, allá arriba. Esta mañana le he llevado un pirambucu.

Le pedí al pequeño que me mostrara la casa. Sentía la boca seca y ganas de toser.

Era una casucha de ladrillos que quedaba en lo alto, con dos ventanucos pintados de azul oscuro. Era allí donde se había ocultado del mundo, comiendo frutas y pescado y sintiendo la fuerza de la naturaleza.

El chiquillo volvió al muelle.

Oí los tres pitidos del barco. Allá iba la maleta con mi ropa, pero no me importaba. No sentía apego por nada. La bolsa sí que no podía perderla, pues llevaba en ella mi instrumento de trabajo. Como polvo barrido por el viento, mis compañeros de viaje fueron también barridos de mi mente por los pitidos del barco.

Esperé, sentado bajo un árbol al lado de un perro vagabundo, a que la ciudad recobrarla la calma turbada por la llegada del *Pedro Teixeira*.

Llamé a la puerta y él abrió.

En los últimos meses había estado pensando en él todos los días y todas las noches.

Parecía medir más de los dos metros treinta de altura que le atribuían. Y su pelo era aún más blanco, la cabeza resplandecía en la sombra.

Quería oír su voz.

–Buenos días– dije abriendo la bolsa.

–Buenos días– respondió.

Extendió la mano, cuando vio el revólver con silenciador que le apuntaba, en un gesto de paz.

–No– dijo. No tenía ningún acento. No tenía miedo. Era una voz fría. Sus ojos, muy azules, me dejaron la rápida y dolorosa impresión de que era inocente. Tiré dos veces. Cayó de espaldas en el suelo. Le abrí la camisa y toqué su cuerpo. Tenía la piel suave y pezones rosados. La punta de la tetilla izquierda estaba túrgida como si tuviera frío. Fue allí donde apoyé el cañón de la pistola y disparé de nuevo.

Cogí la libreta y todos los papeles y me fui, tras cerrar la puerta.

El perro se levantó y vino junto a mí. Tenía que encontrar un barco que me sacara de Oriximiná.

Contemplé las aguas del Trombetas y del Nhamun-

dá iluminadas por el sol poniente, encontrándose, en medio de la selva inmensa, con las aguas doradas del Amazonas. El silencio cubría la tierra. De repente, mi cuerpo se contrajo en un espasmo violento y me detuve para respirar, como un ahogado en medio de todo aquel aire. Después empecé a temblar convulsivamente y a respirar aullando, como un animal en agonía. El perro corrió asustado. Pero pronto cesaron los temblores y me sentí envuelto en una sensación de paz y felicidad que parecía iba a durar siempre.

*

LIBRO AL VIENTO

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1 *Antígona*
Sófocles
- 2 *El 9 de abril, fragmento de*
Vivir para contarla
Gabriel García Márquez
- 3 *Cuentos para siempre*
Grimm, Andersen, Perrault y Wilde
- 4 *Cuentos*
Julio Cortázar
- 5 *Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá,*
selección de las Crónicas de Santafé y Bogotá
José María Cordovez Moure
- 6 *Cuentos de animales*
Rudyard Kipling
- 7 *El gato negro y otros cuentos*
Edgar Allan Poe
- 8 *El beso y otros cuentos*
Anton Chejov
- 9 *El niño yuntero*
Miguel Hernández
- 10 *Cuentos de Navidad*
Cristian Valencia, Antonio García,
Lina María Pérez, Juan Manuel Roca
Héctor Abad Faciolince
- 11 *Novela del curioso impertinente*
Miguel de Cervantes
- 12 *Cuentos en Bogotá*
Antología
- 13 *Cuentos*
Rafael Pombo
- 14 *La casa de Mapuhi y otros cuentos*
Jack London

- 15 *¡Qué bonito baila el chulo!*
Cantas del Valle de Tenza
Anónimo
- 16 *El beso frío y otros cuentos bogotanos*
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio
Reyes Posada, Roberto Rubiano Vargas,
Julio Paredes, Evelio José Rosero,
Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero
- 17 *Los vestidos del emperador y otros cuentos*
Hans Christian Andersen
- 18 *Algunos sonetos*
William Shakespeare
- 19 *El ángel y otros cuentos*
Tomás Carrasquilla
- 20 *Iván el Imbécil*
León Tolstoi
- 21 *Fábulas e historias*
León Tolstoi
- 22 *La ventana abierta y otros cuentos
sorprendentes*
Saki, Kate Chopin, Henry James,
Jack London, Mark Twain, Ambroce Bierce
- 23 *Por qué leer y escribir*
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón,
William Ospina, Ema Wolf,
Graciela Montes, Aidan Chambers,
Darío Jaramillo Agudelo
- 24 *Los siete viajes de Simbad el marino*
(Relato anónimo de *Las mil y una noches*)
- 25 *Los hijos del Sol*
Eduardo Caballero Calderón
- 26 *Radiografía del Divino Niño y otras
crónicas sobre Bogotá*
Antología de Roberto Rubiano Vargas
- 27 *Dr Jekyll y Mr Hyde*
Robert Louis Stevenson
- 28 *Poemas colombianos*
Antología
- 29 *Tres historias*
Guy de Maupassant
- 30 *Escuela de mujeres*
Molière
- 31 *Cuentos para niños*
Hermanos Grimm,
Alexander Pushkin
Rudyard Kipling
- 32 *Cuentos latinoamericanos I*
Adolfo Bioy Casares
Carlos Fuentes
Juan Carlos Onetti
- 33 *Palabras para un mundo mejor*
José Saramago
- 34 *Cuentos latinoamericanos II*
Gabriel García Márquez
Juan Rulfo
Rubem Fonseca

CUENTOS
LATINOAMERICANOS II
FUE EDITADO POR LA
SECRETARIA DISTRITAL DE
CULTURA, RECREACIÓN Y
DEPORTE Y LA SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN DISTRITAL
PARA SU BIBLIOTECA

libro al viento

BAJO EL NÚMERO TREINTA
Y CUATRO Y SE IMPRIMIÓ
EL MES DE JULIO DEL AÑO
2007 EN BOGOTÁ



Este «Libro al viento» será trabajado por los maestros y las maestras que lideran el plan lector del programa **Transformación Pedagógica de la Escuela y la Enseñanza del plan sectorial de educación, "Bogotá, una gran escuela"**.

La Secretaría de Educación del Distrito y la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte están colaborando para que lo mejor de la literatura universal llegue a manos de todos los estudiantes de la ciudad.



BOGOTÁ
CAPITAL MUNDIAL
DEL LIBRO
2007

Bogotá sin indiferencia